

## Samuel Taylor Coleridge (II)<sup>1</sup>

*Thomas de Quincey*

Siguió hablando durante cerca de tres horas, y en el curso de la charla pronunció los aforismos más sorprendentes: había más verdad preservada en ellos que en cualquiera de los llamados clásicos, y eran, por separado, más merecedores de preservación que aquellos. En medio de nuestra conversación, si puede llamarse conversación a lo que yo si apenas me atrevía a interrumpir, y a lo que apenas dejaba huecos para la intervención ajena, la puerta se abrió y entró una mujer. Era, en persona, robusta y algo más baja de lo normal; mientras que su rostro mostraba, a mis ojos, cierta lindeza de una especie común. Al oírla entrar, Coleridge se volvió: pero sus rasgos no denotaron complacencia ni se relajaron dibujando una sonrisa. Volviéndose a mí, dijo con tono indiferente, «la señora Coleridge»; de una manera igualmente fría me la presentó: yo me incliné; y casi de inmediato la dama se retiró. Por esta breve pero nada afable escena, colegí (lo que luego la experiencia me enseñó de manera redundante) que el matrimonio de Coleridge no había sido feliz. Pero ruego que el lector no me malinterprete. No hubo nunca una insinuación más rastrera, de motivo más vil, o de maneras más innobles, que ese pasaje en un libelo de Lord Byron en el que, como venganza contra Southey (que era el único culpable), afirmó que Southey y Coleridge se habían casado con «dos sombrereras de Bath»<sup>2</sup>. Todo el mundo sabe lo que se *pretende decir* con esa expresión, aunque sería bien injusto, incluso en Bath, que un oficio cualquiera se hallara bajo semejante maldición, condenado de manera tan irrefutable y prejuzgado tan sin remedio, que la ignominia deba asociarse, en virtud de un mero nombre o designación, al modo en que ciertas personas ganan su pan o ayudan tal vez a sostener los años de declive físico de sus padres. No obstante, en este caso, el aguijón del libelo es en todo punto una falsedad de Lord Byron. Bath no era la ciudad natal de las damas en cuestión, como tampoco fue en ningún momento su lugar de residencia: ese honor le correspon-

<sup>1</sup> La primera parte de este ensayo se publicó en el número 601-602 (julio-agosto 2000), pp. 83-99.

<sup>2</sup> La frase aparece en el canto tercero de Don Juan. Los versos en cuestión rezan, más concretamente, «cuando él y Southey, siguiendo la misma senda/ desposaron dos hermanas (somereras de Bath)».

de a Bristol. En lo que respecta a la otra palabra: «sombrereras», no vale la pena explorar el asunto. Ignoro si ellas o personas de su familia ejercieron alguna vez dicha profesión: en cualquier caso, eran demasiado jóvenes, cuando el matrimonio las apartó de Bristol, para haber sido manchadas por los sentimientos mundanos que pueden asociarse a este modo de vida. Más pertinente es lo que escuché decir por esa época al señor Cottle, el librero, hombre de rectos principios<sup>3</sup>, a sus cultas hermanas, a las damas que sucedieron a la señora Hannah Moore en su escuela<sup>4</sup> y que disfrutaban de su total confianza, así como a otros respetabilísimos miembros de la sociedad de Bristol: esto es, que no habían dejado nunca la ciudad y que las cuatro o cinco hermanas de la familia habían mantenido un comportamiento y una actitud irreprochables, si bien, dado su atractivo personal, se habían visto expuestas a ciertos peligros y a la malevolencia de la envidia. Esta declaración, que si fuera necesario podría reforzar con otros testimonios igualmente desinteresados, la debo a la verdad; y he de añadir, fruto de un trato más íntimo, que la señora Coleridge fue en todas las circunstancias de su vida matrimonial una mujer virtuosa y una madre concienzuda; y en su papel de madre mostró a veces una energía más que meritoria: recuerdo en particular que, llevada del deseo de que su hija aprendiera el idioma italiano, y no teniendo en Keswick, dado lo retirado del lugar, medios para procurarse un tutor, se aprestó resueltamente a trabajar bajo la guía de Southey con el fin de aprender ella misma el idioma, en una etapa de su vida en que tales conocimientos no se logran con placer o facilidad: llegó a dominar de manera más que respetable el idioma, y luego procedió a comunicar su nueva adquisición a su interesante hija. Por mi parte, no debo a la señora Coleridge ninguna muestra concreta de cortesía: y no veo por qué debiera envolver en el misterio mi relato de la vida y los hábitos de Coleridge, encubriendo lo que es notorio para muchos miles de personas. Un insulto como el dedicado por la señora Coleridge a una mujer de mi círculo familiar<sup>5</sup>, superior a ella en el espíritu de la cortesía y la gentileza, rasgos que deberían presidir las relaciones femeninas, pues se hallaba en el esplendor de su belleza, podría dispensarme de mostrar toda consideración hacia su persona más allá de la impuesta por un sentido estricto de la justicia. Mi ofensa fue que, habiendo tenido en mi poder un libro o un manuscrito más

<sup>3</sup> Se trata de Joseph Cottle (1770-1855), emprendedor librero que en 1796 publicó el primer libro de poemas de Coleridge, así como la primera edición de *Baladas líricas*. De Quincey debe su encuentro con Coleridge a la carta de recomendación que Cottle dirigió a Thomas Poole.

<sup>4</sup> Hannah Moore (1745-1833), autora inmensamente popular de tratados religiosos, éticos y morales. Amiga de la madre de De Quincey en Bath, el escritor expresó reiteradamente su profunda antipatía hacia su figura.

<sup>5</sup> Se trata, muy probablemente, de la esposa del propio De Quincey.

tiempo del debido (tan trivial era el asunto), y hallándome yo a una distancia de cuatrocientas o quinientas millas, la señora Coleridge creyó adecuado escribir una carta llena de las más intemperantes expresiones de ira, dirigida a una mujer a quien no conocía en persona y a quien en modo alguno podía hacerse responsable de mis faltas.

Prosigo, pues, diciendo que yo, como sin duda algunos otros, serví poco después a Coleridge de confidente en este particular. De lo que se quejaba, sencillamente, era de incompatibilidad de temperamento y actitud. Carente de admiración cordial o incluso de comprensión cabal de los poderes intelectuales de su marido, la señora Coleridge carecía de la base original que sustenta las cualidades de la paciencia y la benevolencia afectuosa. Al escuchar de todos quienes lo conocían que Coleridge era un hombre de extraordinarias dotes, y sin dar gran importancia, tal vez, a la distinción entre talentos populares y aquellos otros que por naturaleza están condenados a crecer más lentamente en la estima del gran público, ella, como es natural, deseaba que el ejercicio de tales dones procurara al menos cierta dosis de distinción mundana. Ahora bien, si el pobre Coleridge hubiera sido tan perseverante y meticuloso como la mayor parte de sus colegas profesionales, y si no hubiera dado razón alguna para pensar que el *onus* de su peculiar estado dependía de sus peculiares hábitos, en tal caso su estado habría podido achacarse a largo plazo a la singular constitución de sus poderes y a su esencial falta de popularidad en el mercado inglés. Pero como jamás se realizó la prueba, era natural imputar su falta de éxito exclusivamente a su irregular ritmo de trabajo y a su torpeza a la hora de entablar conexiones juiciosas. En tales circunstancias, no obstante, no importa de qué modo originadas o mitigadas, la mente de cualquier mujer no excepcionalmente indulgente o magnánima es terreno abonado para el descontento y el desasosiego. Coleridge, además, me aseguró que su matrimonio no había sido fruto de una decisión meditada, sino que le había sido impuesto por el escrupuloso Southey, quien había apelado a su sentido del honor insistiendo en que había llevado demasiado lejos sus atenciones a la señorita F. y ya era tarde para retirarse de manera honorable<sup>6</sup>. Por otro lado, un testigo neutral me aseguró que si alguna vez en su vida había visto a un hombre preso de una honda admiración, o lo que él entendía por desesperadamente enamorado, Coleridge, con respecto a la señorita F., había sido ese hombre. Sea como fuere, poco después de su matrimonio se dieron ciertas circunstancias que pusieron la ecuanimidad y buen humor de ambas

<sup>6</sup> El apellido de soltera de Sara Coleridge, mujer del poeta, era Fricker.

partes en un brete. Obtuve un bosquejo completo de la situación gracias a dos de las personas implicadas, y una tercera me dio un resumen parcial: no puede negarse, asimismo, que todas las partes cometieron por su lado ofensas a la prudencia. Una joven, de la que nada descubriré excepto que era en todo punto superior intelectualmente a la señora Coleridge<sup>7</sup>, se convirtió en vecina y compañera diaria de Coleridge en sus paseos. Sólo esta superioridad, conspicua en la medida en que había logrado ganar para sí la estima y la compañía de Coleridge, bastaba para mortificar hondamente a una esposa joven. Dos consideraciones, no obstante, moderaron su intensidad: la primera, que la joven era demasiado bondadosa para haber buscado molestar con su triunfo, o para expresar regocijo por su causa; la segunda, que no hubo nunca ni una sombra de sospecha en los motivos o la conducta moral de ambas partes: la joven se hallaba siempre acompañada de su hermano; carecía de encantos personales; y era evidente que cuanto los unía en sus paseos diarios eran meras simpatías intelectuales centradas en la literatura y el escenario de la naturaleza.

Con todo, para una joven esposa es una prueba amarga sostener una competición con una mujer de su edad a fin de obtener una parte del afecto o un poco de la compañía de su esposo. Al no compartir su aprecio por los paseos campestres o la escenografía rural, y hallándose a la sazón su residencia en un pueblo recóndito, la señora Coleridge estaba condenada a la renovación diaria de esta amarga prueba. Accidentes de otra especie la agravaron: a menudo sucedía que los caminantes regresaban empapados por la lluvia; en cuyo caso la joven, con risueña jovialidad, y como es lógico sin conciencia de estar tomándose más libertades de las debidas o de estar infligiendo herida alguna, corría hasta el armario de la señora Coleridge, disponía sin permiso de los vestidos de la señora Coleridge y expresaba un regocijo nada ceremonioso que contrastaba con la gravedad de la señora Coleridge. En esto no se tomaba más libertades que las que hubiera cedido con la mayor presteza; confiaba en exceso y sin pensar en los que consideraba privilegios naturales de la amistad; y apenas se daba cuenta de estar pidiendo o exigiendo favores, como tampoco, de darse la circunstancia inversa, se hubiera dado cuenta de estar concediéndolos. Pero la señora Coleridge consideraba sus libertades desde un ángulo muy diferente: había dejado de sentirse la dueña de su propia casa; gobernaba un imperio dividido; y que Coleridge tratara sus ocasionales raptos de resentimiento

<sup>7</sup> Se trata, con toda seguridad, de Dorothy Wordsworth. La posterior referencia a un hermano omnipresente así parece corroborarlo.

como síntoma de su estrechez de miras envenenaba la flecha de sus sentimientos femeniles; mientras que, por otro lado, su propia sirvienta y otras personas de parecida condición comenzaron a dejar caer ciertos comentarios que tanto se apiadaban de ella como mujer herida como la despreciaban por demasiado dócil.

El lector puede hacerse cargo fácilmente, sin más ilustraciones, de la situación y de las desafortunadas consecuencias que tuvo en la armonía de la joven pareja. No trataré de adivinar si Coleridge, en cualquier circunstancia, hubiera podido actuar de otro modo con una mujer no particularmente capaz de simpatizar en un plano ilustrado con sus intereses principales. Pero sin duda la situación se deterioró por culpa de un trato personal que exponía a la señora Coleridge a una comparación denigrante con una persona de índole más intelectual; del mismo modo que, en este sentido, era desafortunado para el propio Coleridge verse continuamente comparado con alguien idealmente tan correcto y regular en sus hábitos laborales como Southey. Fue así como su paz doméstica se vio prematuramente agriada: impedimentos de naturaleza pecuniaria tendían a exigir constantes sacrificios; al no existir entre ambos miembros de la pareja hondos vínculos de afecto, estos sacrificios creaban repugnancia o disensión; y, al cabo, cada uno de ellos terminaba creyendo que su unión tenía su origen en circunstancias que habían cancelado su propio poder de decisión.

El desaliento, no obstante, y el peso de la aflicción en el rostro y el porte de Coleridge por estas fechas, no podían deberse a un desengaño (si tal era en efecto el fruto de su matrimonio), toda vez que el tiempo transcurrido tendría que haberlo reconciliado con su suerte. Si bien no le dedicaba los aspectos más afables de su carácter, la señora Coleridge era en cualquier caso una pareja respetable. Y la estación de la juventud había caducado. Llevaban cerca de diez años casados; había tenido cuatro hijos, tres de los cuales habían sobrevivido; y los intereses del padre comenzaban a reemplazar los del esposo. No obstante, yo nunca había contemplado una expresión de tan hondo abatimiento. Y la actividad incansable de la mente de Coleridge, cazando verdades abstractas y enterrándose en los oscuros nichos de la especulación humana, me parecían en gran medida un intento de escapar del infortunio personal. Durante la cena, en compañía de un numeroso grupo de comensales, era consciente de que su palabra era esperada y se esforzaba en cumplir con tales expectativas. Pero era evidente que debía luchar con pensamientos tenebrosos que lo empujaban al silencio y tal vez a la soledad; hablaba con esfuerzo; y se resignaba pasivamente a escuchar las tergiversaciones de sus oyentes. A este período de la vida de

Coleridge debe referirse Wordsworth en esas exquisitas ‘Líneas escritas en mi edición de bolsillo de Castillo de Indolencia’. El pasaje al que me refiero sucede a una descripción del porte de Coleridge, y empieza en estos términos:

Lastimosa visión era ver a este hombre  
Cuando volvió a nosotros, flor marchita...

Marchito se hallaba, en efecto, y en pura apariencia agostado fatalmente. Aquella noche ensayó una explicación espontánea de este desafortunado oscurecimiento de su vida, al comentar yo accidentalmente que había tomado unas pocas gotas de láudano a causa de un dolor de muelas. En qué momento o por qué motivo había comenzado a usar opio, no lo dijo; pero el peculiar énfasis con que me previno, horrorizado, en contra de la adquisición de un hábito semejante selló en mi mente la impresión de que no esperaba liberarse jamás de aquella servidumbre. A las diez de la noche me despedí de él; y convencido de que no podría acostarme fácilmente después de un día tan excitante, y conmovido aún por el triste espectáculo de un poder tan majestuoso asediado por la ruina, decidí regresar a Bristol aprovechando el frescor de la noche. Pero la ruta, o mejor dicho una sección del camino real que une puertos tan turbulentos como Bristol y Plymouth, se hallaba tan en calma como una calle ajardinada. Sólo en una ocasión pasé junto a las llamas mortecinas de una feria o verbena: exceptuando esa interrupción, en las cuarenta millas que se extienden entre Bridgewater y Hotwells no vi a una sola criatura viviente, salvo un perro malencarado y un hombre que vagaba por las calles del pueblo de paso de Cross. Las verjas de las puertas de peaje se abrían todas gracias a un dispositivo mecánico accionado desde la ventana de un dormitorio; me parecía estar en posesión de todo el condado dormido: la noche veraniega se hallaba sumida en una calma divina; no se oía sonido alguno, tan sólo uno o dos veces el llanto de un niño al pasar junto a una hilera de cabañas rompía la honda quietud; y todo conspiraba para que mis pensamientos se agolparan en torno de la extraordinaria persona que acababa de dejar atrás.

La mayor parte de mis lectores conocen el espléndido dicho de Addison, según el cual las ruinas de Babilonia no son un espectáculo tan conmovedor o solemne como la mente humana desbaratada por la locura. Pero cuán horrible y magnificante el espectáculo de la ruina cuando una mente tan majestuosa como la de Coleridge es trastocada o amenazada de muerte, no por una visita de la Providencia, sino por la traición de su propia voluntad y la conspiración, por así decirlo, de sí misma contra sí misma. ¿Era posi-